

Han pasado el día juntos. Por la mañana se animó a ir al mercado con Pablo. ¡Qué experiencia...! Le pareció que su amigo, —¿cliente?—, estaba encantado con la excursión. Ella miró inquieta hacia los lados al principio pero luego se abandonó a la alegría y al bullicio del lugar y de su acompañante. En algún momento Pablo le cogía la mano para atravesar un pasadizo repleto de gente o para bajar unas escaleras atestadas de paquetes rotos y sangre de pescado...; le pareció que deseaba hacerlo a cada momento.

Ella no se resistía y un par de veces hasta tomó la iniciativa para pasar un semáforo, cuidado, que viene un coche... Alguna vez ha ido de la mano con un cliente en una salida “profesional”, pero sabe que Iván puede estar vigilando, —las salidas son bajo férreo control, pero se permiten porque son muy rentables—, y, además, no va cómoda salvo alguna excepción, que termina cuando aparece la sonrisa del hombre dueño...

El buen rato del mercado permitió otro igual de sabroso: pudo cocinar un sarmale, que casi se le había olvidado hacer y que le encantaba comer desde niña. Tenían col, arroz y un poco de carne que acababan de comprar. Cocinó el arroz y la carne, lo envolvió todo en las hojas de col y trató de hacer funcionar el abandonado horno de Pablo. Cuando el olor empezó a enseñorearse de la cocina, el hule de la mesa se tiñó de azul, las sillas se hicieron de madera, las paredes se pintaron de blanco y se arrugaron un poco, la cocina se vistió de hierro negro, apareció la vieja plancha bajo la ventana, del techo colgaron de pronto ristras de embutidos, peroles, ajos y pimientos secos...

Por la ventana no se veía el patio de vecinos de una casa de Madrid sino el tibio sol de una mañana de noviembre haciendo gotear las hojas heladas de los cedros enfrente de la casa de Câmpeni. Otro parpadeo y ya está, vuelve a Madrid, con Pablo.

Comieron en la cocina, como dos buenos compañeros de piso. El sarmale no sabía como en casa, claro, pero el tiempo pasaba rápido, en alas de la buena compañía. Tuvo que llamar a Lola para tranquilizarla y que transmitiera a Iván su propósito de sacar mucho dinero ese día, que estaba trabajando, vamos. Terminaron riendo al colgar. Echaría mano de sus ahorros... ; la verdad es que no se le escapó que la sonrisa de Pablo fue más una mueca forzada que una sonrisa. Pero la sobremesa pudo con todo. Encender el fuego, acurrucarse un rato, medio dormirse otro y, luego, las caricias que se escapan, los cuerpos que se buscan y un encuentro tranquilo, sin prisas, con miradas y roces, con sonrisas y susurros, con un Pablo relajado, contenido por fin y mucho más satisfecho. ¿Y ella? Mejor no sentir, mejor no pensar ...

— No sé si lo que siento es lo que debe sentir un cliente...

Pablo juguetea con un pequeño rizo de pelo rubio que coloca detrás de la oreja de la rumana. Andreea ha puesto dos dedos en la boca de su amigo-cliente y chista. Parece intuir lo que Pablo tiene en la punta de la lengua, si está así con otros clientes... ¿Qué le puede contestar? A veces se siente casi normal, entre sonrisa de hombre cliente y sonrisa de hombre dueño. Ratos; la verdad es que no tan seguido como ahora. Pablo ha tenido también su sonrisa de hombre cliente, en su piso, con los dibujos delante. Se le clavó como un puñal y eso la asustó. ¿Por qué le hizo tanto daño? Casi seguro, por la ingenuidad de Pablo, porque ella había visto en él la misma mirada que en sus amigos del pueblo, que en sus hermanos. Por eso.

— Así es como estás con... algunos...

— ¿Qué quieres que contesto...? A veces me pasa así..., a veces me siento una chica normal, un rato...

— No logro ser original en nada...

— Sí eres, nunca enseñé mis dibujos..., —y apoya la cabeza en el hombro de Pablo.

— ¿Es tu técnica sexual, enseñar dibujos?

Ambos sonríen y se mantienen en silencio unos instantes. El tiempo es implacable con todos, pero en especial, con los que están viéndolo pasar a gusto. Lentamente, el cuerpo de Andreea va tomando tensión, se enerva despacio, sin prisa, pero antes de que Pablo salga de su letargo feliz, está fuera de sus brazos.

Recoge su ropa y cruza por delante de la chimenea hacia el baño, dejando a su paso un leve temblor de lengua azul y un cálido aliento de chimenea que saca de su ensoñación a Pablo. Siente que el tiempo con ella es un lujo siempre escaso. El reloj dicta sentencia, tendrá que ir al piso... No lo puede creer, ¿un cliente? Esta idea pasa como un rayo por la cabeza de Pablo, que la sacude con fuerza y se pone en pie de un salto. Se acerca al baño y oye el agua de la ducha correr.

¿Qué puede decirle?